

cando San Buenaventura sobre lo que haría la Virgen en aquella noche le dice así: “La pasaste sin dormir, y cuando los otros estaban entregados al sueño, tú estuviste velando.” Por la mañana los discípulos de Jesucristo iban a ver a esta afligida Madre para traerle noticias, pero todas de dolor, verificándose entonces en Ella las palabras de Jeremías: “Llora sin consuelo toda la noche, y las lágrimas corren por sus mejillas; entre todos sus amantes no hay quién la consuele”⁵. El uno venía a referirle los malos tratamientos que su Hijo había sufrido en casa de Caifás, otro los insultos que había recibido de Herodes. Finalmente, llegó San Juan (omito todo lo demás para llegar a mi objeto), quien aún anunció a María que el injustísimo Pilatos le había condenado a morir crucificado. He dicho *injustísimo* porque, como observó San León, este inicuo juez le condena a muerte con los mismos labios con que le había declarado inocente. “¡Ah dolorosísima Madre! —la dijo San Juan—, vuestro Hijo ya se halla sentenciado a muerte, y ya ha salido llevando El mismo su cruz para ir al Calvario” (como después lo refirió en su Evangelio⁶). Venid, si queréis verle y darle el último adiós en alguna calle por donde haya de pasar.”

María parte con San Juan, y por los vestigios de sangre que hallaba en la calle conocía que por allí había pasado su Hijo, como Ella lo revelo a Santa Brígida⁷. Considera San Buenaventura⁸ que tomando

⁵ Thren. I, 2.

⁶ Joan. X, 17.

⁷ Lib. 4, c. 77.

⁸ Med. 5.

la afligida Madre una calle que abreviaba su camino, se colocó al cabo de la misma por donde había de pasar su angustiado Hijo para encontrarse con El. Habiéndose parado en aquel lugar, ¿cuántas palabras debió oír de boca de los judíos, que ya la conocían, contra su querido Hijo, y quizá cuántas injurias contra Ella misma? ¡Ay de mí!, ¡qué doloroso aparato debieron ofrecer a sus ojos los clavos, los martillos, las cuerdas que llevaban delante, instrumentos funestos de la muerte de Jesús! ¡Y qué espada fue para su corazón el oír aquella trompeta que iba publicando la sentencia proferida contra su Hijo! Mas he aquí que después de haber pasado los instrumentos del suplicio, el pregonero y los ministros de justicia, levanta los ojos y ve. ¡oh Dios!, a un joven todo cubierto de sangre y heridas desde la cabeza a los pies, coronado con un haz de espinas, y con una pesada cruz sobre sus hombros; le mira y apenas le conoce, diciendo entonces con Isaías: “Le vimos, y estaba desconocido”⁹. Sí, porque las heridas, los cardenales, la sangre ennegrecida “le hacían parecer un leproso”¹⁰; de modo que apenas era conocido. Sin embargo, el amor se lo manifiesta, y habiéndolo conocido, ¡ay de mí! ¿cuál fue entonces —dice San Pedro de Alcántara en sus *Meditaciones*—, el amor y el temor del corazón de María?” Por una parte deseaba verle, por otra no se atrevía a mirar una figura tan digna de compasión. Se miran finalmente; el Hijo, quitándose de los ojos un cuajaron de sangre

⁹ Cap. LIII. 2.

¹⁰ Ibidem.

que le impedía la vista, como fue revelado a Santa Brígida, miró a la Madre; la Madre miró al Hijo. ¡Ay miradas de dolor, que como otras tantas saetas traspasaron entonces esas dos hermosas y enamoradas almas! Cuando Margarita, hija de Tomás Moro, encontró a su padre que era conducido al suplicio, sólo pudo decirle: “¡Oh padre!, oh padre!”, y cayó desmayada a sus pies. María, a la vista de su Hijo que iba al Calvario, no se desmayó, no, porque no convenía a esta Madre perder el uso de la razón, como dice el padre Suárez, ni murió, porque Dios la reservaba para mayor dolor; pero si no murió, sufrió sin embargo un dolor capaz de darle mil muertes.

La Madre quería abrazar al Hijo, como dice San Anselmo, pero los verdugos la arrojan con injuria y la arrancan de la presencia del adolorido Señor, y María le sigue. ¡Ah Virgen santa!, ¿dónde vais?, ¿al Calvario? “¿Y tendréis valor para ver pendiente de un leño al que es vuestra vida?”¹¹ “¡Ah Madre mía!, deteneos, le diría entonces Jesús —como observa San Lorenzo Justiniano—, ¿a dónde os dirigís?, ¿a dónde vais? Si queréis acompañarme, seréis atormentada con mi suplicio, y yo con el vuestro.” Mas a pesar de que el espectáculo de la muerte de su Hijo le ha de costar un dolor tan cruel, la Madre va en pos de El para ser también crucificada con Jesús, como dice Guillermo¹². San Juan Crisóstomo escribió: “También nos compadecemos de las fieras. Si viéramos una leona que sigue

¹¹ Deuter. XXVIII. 66.

¹² In Cant. VII.

a su cachorro al que llevan a matar, aunque fiera, nos causaría lástima. ¿Y no nos compadeceremos de ver a María que va detrás de su Cordero inmaculado, el cual marcha al suplicio? Compadezcámonos, pues, de sus dolores, y procuremos acompañar al Hijo y a la Madre, llevando con paciencia la cruz que el Señor nos envía.” Pregunta San Juan Crisóstomo: “¿Por qué Jesucristo en sus otras penas quiso ser solo, y para llevar la cruz quiso que le ayudase el Cireneo?”, y contesta que la cruz sola de Jesucristo no basta para salvarnos si nosotros no llevamos también la nuestra con resignación hasta la muerte.

EJEMPLO

El Salvador se apareció un día a Santa Dionisia, monja de Florencia, y le dijo: “Piensa en mí y ámame, que yo pensaré en ti y te amaré.” Y al mismo tiempo le presentó un ramillete de flores con una cruz, significándole con esto que los consuelos de los Santos en este mundo han de ir siempre acompañados de la cruz, que une las almas con Dios. San Jerónimo Emiliano, que era soldado y se hallaba entregado a los vicios, fue encerrado en una torre por sus enemigos. Instruido allí por la desgracia e iluminado de Dios para que mudase de vida, acudió a María santísima, y entonces con los auxilios de esta divina Madre empezó a hacer vida de santo. Por lo que mereció ver un día el excelso lugar que Dios le tenía preparado en el Cielo. Llegó a ser fundador de los Padres de Somasco, murió en opinión de Santo y últimamente la Iglesia le ha canonizado.

Madre mía dolorosísima, por el mérito de aquel dolor que sufristeis viendo conducir a la muerte a vuestro amado Jesús, alcanzadme la gracia de llevar también con paciencia las cruces que Dios me envía. Feliz yo si supiera acompañaros también con mi cruz hasta la muerte. Vos y Jesús siendo inocentes habéis llevado una cruz muy pesada, ¿y yo pecador que he merecido el infierno rehusaré la mía? ¡Ah Virgen Inmaculada!, espero que Vos me ayudaréis a sufrir las cruces con paciencia. Amén.

SOBRE EL QUINTO DOLOR

De la muerte de Jesús.

Contemplemos una nueva especie de martirio. Una Madre condenada a ver morir delante de sus ojos y en medio de los más atroces tormentos a un Hijo inocente, al que entrañablemente ama. “Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre.” “No es necesario expresar otra cosa del martirio de María; miradla cerca de la cruz en presencia de su Hijo moribundo, y ved después si hay un dolor semejante al suyo.” Detengámonos, pues, también hoy nosotros en el Calvario a considerar esta quinta espada que traspasó el corazón de María con la muerte de Jesús.

Luego que nuestro fatigado Redentor llegó al Calvario, los verdugos le desnudaron de sus vestidos y, taladrando sus manos y pies sacrosantos con clavos no

agudos sino obtusos¹, como dice San Bernardo, para atormentarle más, le clavaron en la cruz. Después de haberle crucificado, levantaron la cruz, procuraron asegurarla, y le dejaron de este modo para que muriera. Los verdugos le abandonan, pero María no se aparta de allí, y entonces se acerca más a la cruz para asistir a su muerte, como la santísima Virgen lo reveló a Santa Brígida². “Mas ¿por qué, oh Señora —pregunta San Buenaventura—, habéis ido al Calvario? ¿Para ver morir a vuestro Hijo? El rubor debía a lo menos deteneros, pues que, siendo su Madre, su oprobio era también el vuestro. A lo menos debía deteneros el horror de tan grande delito, viendo a un Dios crucificado por sus mismas criaturas.” Pero responde el mismo Santo: “¡Ah!, vuestro corazón no se ocupaba entonces de sus penas, sino del dolor y de la muerte de vuestro amado Hijo; por lo que quisisteis Vos misma asistirle, a lo menos para compadeceros de El.” “¡Ah verdadera Madre —dice el abad Guillermo—, Madre llena de ternura, ni aun el terror de la muerte pudo separaros de un Hijo tan amado!”³ Mas, ¡oh Dios mío!, ¡qué espectáculo tan doloroso sería entonces ver a este Hijo agonizando en la cruz, y al pie de ella ver agonizar a esta Madre que sufría todas las penas que padecía el Hijo! He aquí en qué términos María describió a Santa Brígida el estado bien digno de compasión en que Ella vio a su Hijo en la cruz: “Mi querido Jesús estaba en la cruz abrumado de tormen-

¹ Serm. 2 de Pass.

² Lib. 1, c. 6.

³ Serm. 3 de Ass.

tos y agonizando; tenía los ojos hundidos, medio cerrados y moribundos, los labios pendientes y la boca entreabierta; las mejillas descarnadas, desencajadas las facciones, la nariz afilada, el rostro cubierto de tristeza, la cabeza caída sobre el pecho, los cabellos cuajados de sangre, el vientre hundido en los riñones, los brazos y las piernas yertas, y todo lo restante del cuerpo cubierto de llagas y sangre”⁴.

“Todas estas penas de Jesús eran también penas de María,” dice San Jerónimo⁵. “Cualquiera, pues, que se hubiese hallado entonces en el Calvario —dice San Juan Crisóstomo—, hubiera visto allí dos altares en donde se consumaban dos grandes sacrificios: uno en el cuerpo de Jesús, otro en el corazón de María”, “o más bien —dice San Buenaventura—, no había más que uno, a saber, la cruz del Hijo, en la cual la Madre era sacrificada junto con la víctima de este Cordero divino”. Por lo que el Santo le pregunta: “¡Oh María!, ¿dónde estáis? ¿Cerca de la cruz? ¡Ah!, con más razón diré que estáis en la misma cruz para sacrificaros crucificada junto con vuestro Hijo⁶. Sí porque como dice San Bernardo, “lo que hacían los clavos en el cuerpo de Jesús obraba el amor en el corazón de María”; de suerte que, según San Bernardino, “al mismo tiempo que el Hijo sacrificaba el cuerpo, la Madre sacrificaba el alma”⁷.

Las madres huyen de la presencia de los hijos moribundos; pero si por ventura alguna madre se ve

⁴ Lib. I Rev., c. 10, et l. 4, c. 70.

⁵ Ap. Baldi, t. I, p. 499.

⁶ Ibid. loc. cit., p. 452.

⁷ Tom. I, serm. 31.

obligada a asistir a su hijo en un trance tan angustioso, le va procurando todos los alivios que puede darle; le compone la cama a fin de que esté más cómodamente, le suministra bebidas que le refrigeren, y así la pobre madre va aliviando su dolor. ¡Ah la más afligida de todas las madres! ¡Oh María!, a Vos se os ha ordenado asistir a Jesús moribundo, sin poderle dar algún consuelo. María oyó al Hijo que dijo: “Tengo sed”, pero no se le permitió darle un poco de agua para apagar aquella sed ardiente. Sólo pudo decirle, como contempla San Vicente Ferrer: “Hijo mío, no tengo sino agua de lágrimas”⁸. Veía en aquel lecho de dolores al Hijo pendiente de aquellos tres garfios de hierro sin hallar descanso; quería abrazarle, dice San Bernardo, a lo menos para darle el consuelo de espirar entre sus brazos, pero esto le estaba prohibido⁹. Veía a su pobre Hijo que sumido en aquel mar de dolores buscaba quien le consolase como ya lo había vaticinado por boca del profeta: “Yo sólo pisé el lagar... eché la vista alrededor y no hubo quien acudiese a mi socorro”¹⁰. Pero ¿qué consuelo podía esperar de los nombres si todos eran enemigos suyos? Aun en la cruz blasfemaban y se burlaban de El, unos de un modo, otros de otro¹¹. Unos le decían en la cara: “Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz”¹². Otros: “Libró a otros y no puede librarse a sí”¹³. Otros: “Si es Rey de Israel, que

⁸ Ap. Baldi, p. 456.

⁹ Ibidem, p. 463.

¹⁰ Isai. LXIII, 5.

¹¹ Matth. XXVII.

¹² Ibidem, XL.

¹³ Ibidem, XLII.

baje ahora de la cruz”¹⁴. Además, la bienaventurada Virgen dijo a Santa Brígida¹⁵: “Oía a otros que decían que mi Hijo era un ladrón, otros que era un impostor, otros que ninguno merecía la muerte como El, y todas aquellas palabras eran para mí nuevas espadas de dolor.”

Pero lo que después aumentó considerablemente el dolor de María por la compasión hacia el Hijo fue el oír cómo se lamentaba en la cruz de que el eterno Padre le hubiese también desamparado: “Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”¹⁶, palabras que, como la divina Madre dijo a la misma Santa Brígida, no pudo olvidarlas en toda su vida¹⁷. De manera que la afligida Madre veía a su Jesús abrumado de dolor por todas partes, quería aliviarle, pero no podía. Y lo que le causaba más pena era el ver que ella misma con su presencia y dolor aumentaba el tormento de su Hijo. “La misma pena —dice San Bernardo—, que llenaba el corazón de María, inundaba de amargura el de Jesús”¹⁸; y añade que el Salvador sufría en la cruz más por compasión de su Madre que por sus propios dolores. El mismo Santo hace hablar así a la Virgen: ‘Estaba yo viéndole, y El me veía a mí, y más sufría por mí que por sí mismo’¹⁹. Por lo que hablando el mismo Santo de María junto a su Hijo moribundo dice

¹⁴ Ibidem.

¹⁵ Rev. I. 4, c. 70.

¹⁶ Matth. XXVII, 46.

¹⁷ Rev. I. c.

¹⁸ Hom. in ev. Stabat.

¹⁹ Ap. Sinisch. cons. 28.

que Ella vivía muriendo sin poder morir²⁰. Pasino escribe que hablando un día el mismo Jesucristo con la beata Bautista Varand de Camerino le dijo que fue tal la aflicción que experimentó estando en la cruz al ver a sus pies a su Madre tan llena de dolor, que la compasión que de Ella tenía le hizo morir desconsolado. De manera que habiendo sido dicha beata iluminada para conocer este dolor de Jesús, exclamó: “Señor, no prosigáis hablándome de lo que entonces sufristeis, porque no puedo más.”

“Pasmábanse los hombres —dice Simón de Casia—, de ver a María guardar entonces silencio y sin quejarse en medio de tan cruel dolor; pero si sus labios callaban, hablaba su corazón, porque entonces no cesaba de ofrecer a la divina Justicia la vida del Hijo por nuestra salvación.” Además sabemos —dice Lanspergio—, que Ella por el mérito de sus dolores cooperó a hacernos nacer a la vida de la gracia, por lo que somos hijos de sus dolores”²¹. Y si por ventura en aquel mar de tristeza, está es, en el corazón de María, entró algún consuelo, la única cosa que entonces la aliviaba era saber que sus dolores nos abrían las puertas del cielo, como el mismo Jesús lo reveló a Santa Brígida²². En efecto, éstas fueron las últimas palabras con las cuales Jesús se despidió de su Madre antes de morir, éste fue su último encargo, el dejarnos por hijos suyos en la persona de Juan, cuando le dijo: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”²³. Y desde entonces María empezó a ejercer

²⁰ De Lament. Virg.

²¹ Hom. 44 de Psalm. Dom.

²² Lib. 2, c. 30.

²³ Joan. XIX, 26.

con nosotros el oficio de tierna Madre, pues como afirma San Pedro Damiano²⁴, por los ruegos de María se convirtió entonces y se salvó el buen ladrón, el cual, según refieren algunos autores, cuando se verificó el viaje con el Niño Jesús a Egipto, se portó cortésmente con la Sagrada Familia. Este oficio la santísima Virgen ha continuado y continúa ejerciéndolo siempre.

EJEMPLO

En Perusia un joven prometió al demonio que si le proporcionaba medios para cometer cierto pecado le entregaría su alma, a cuyo efecto le hizo una escritura firmada con su sangre. Después de haber cometido el pecado, queriendo el demonio que cumpliese la promesa, le llevó junto a un pozo amenazándole que si él mismo no se echaba dentro de él, le llevaría en cuerpo y alma al infierno. Creyendo el desdichado joven que ya no podría escapar de sus manos, subió al brocal para arrojarle dentro; pero atemorizado de la muerte dijo al enemigo que no tenía valor para echarse al pozo, por lo que si quería que muriese le diese un empujón para precipitarle al agua. El joven llevaba al cuello el escapulario de la *Virgen de los Dolores*, por lo que el demonio le dijo: "Quítate ese escapulario y te daré el empujón"; pero reconociendo el joven la protección que la divina Madre todavía le dispensaba, no se lo quiso quitar; de modo que después de muchos debates el demonio avergonzado huyó y el pecador fue a dar las gracias a su dolorosa Madre, y arrepén-

²⁴ Ap. Salm. tom. I, tract. 47.

tido de sus culpas quiso colgar el voto expreso en un cuadro en su altar de Santa María la Nueva en Perusia.

ORACIÓN

¡Ah Madre la más afligida de todas las madres! ¿Ha muerto, pues, vuestro Hijo, este Hijo tan amable y que tanto os amaba? Llorad, que razón tenéis para ello. ¿Quién pudiera consolaros? Nada puede daros consuelo sino el pensar que Jesús con su muerte ha vencido al infierno, ha abierto el cielo, que estaba cerrado para los hombres, y ha conquistado tantas almas. En aquel trono de la cruz reinará sobre tantos corazones que vencidos de su amor le servirán con amor. No os desdeñéis entre tanto, Madre mía, de dejarme acercar a Vos para llorar en vuestra compañía, porque yo tengo más motivo que Vos para llorar a causa de mis pecados. ¡Ah Madre de misericordia!, primeramente por la muerte de mi Redentor, y después por los méritos de vuestros dolores, espero el perdón y mi salvación eterna. Amén.

SOBRE EL SEXTO DOLOR

De la lanzada y descendimiento de Jesucristo en la cruz.

“¡Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor!”¹ Almas devotas, oíd lo que os dice hoy la Madre de los dolores: Hijas queridas, yo no quiero que procuréis consolarme, no, porque mi corazón no es capaz de

¹ Thren. I, 12.

consuelo en este mundo después de la muerte de mi amado Jesús. Si queréis complacerme, sólo quiero de vosotras que os volváis a mí, y veáis si hubo jamás en el mundo dolor semejante al mío, al verme quitar con tanta crueldad al que era todo mi amor. Mas, Señora ya que no queréis ser consolada y tenéis tanta sed de penas, os diré que la muerte de vuestro Hijo no pone todavía término a vuestros tormentos. Hoy seréis herida con otra espada de dolor viendo traspasar con una lanza cruel el costado de vuestro mismo Hijo ya difunto, y teniéndole de recibir después en vuestros brazos al bajarle de la cruz. Consideremos, pues, hoy el sexto dolor que afligió a esta pobre Madre. Estemos atentos y lloremos. Hasta ahora han venido los dolores uno a uno para atormentar a María, pero hoy parece que vienen todos juntos a asaltarla.

Basta anunciar a una madre la muerte de su hijo para encender todo su amor por el hijo que ha perdido. Algunos, para aliviar el dolor que las madres sienten por la muerte de sus hijos, acostumbran recordarles los disgustos que los mismos les han causado; mas si yo quisiese probar por este medio, oh Reina mía, aliviar vuestro dolor en la muerte de Jesús, ¿qué disgusto pudiera recordaros que jamás hayáis recibido de El? ¡Ah!, no, El os amó siempre, siempre os obedeció y respetó. Ahora que le habéis perdido, ¿quién podrá explicar vuestro dolor? Explicadlo Vos misma que lo sufristeis. Muerto que fue nuestro Redentor, dice un autor piadoso, los primeros afectos de esta sublime Madre fueron acompañar el alma santísima de su Hijo, y presentarla al Padre eterno. Dios mío, debió entonces decirle María, Dios mío, os presento el

alma inmaculada de vuestro Hijo y mío, que os ha obedecido hasta la muerte; recibidla en vuestros brazos. He aquí satisfecha ya vuestra justicia, cumplida vuestra voluntad; el gran sacrificio para vuestra gloria eterna está ya consumado. Y volviéndose después hacia el cuerpo exánime de su Hijo: ¡Oh llagas, diría, llagas amorosas!, yo os adoro, y con vosotras me congratulo porque por vuestro medio se ha dado la salud al mundo. Vosotras permaneceréis abiertas en el cuerpo de mi Hijo para ser el refugio de los que a vosotras acudan. ¡Oh cuántos pecadores recibirán por vosotras el perdón de sus pecados y se inflamarán en el amor del sumo Bien!

A fin de que no se turbase la alegría del siguiente sábado pascual, los judíos querían que se quitase de la cruz el cuerpo de Jesús, pero como los sentenciados a ella no podían ser bajados si no estaban muertos, algunos se presentaron con mazas de hierro para romperle las piernas, como ya lo habían hecho con los dos ladrones allí también crucificados. He aquí, pues, que mientras María estaba llorando la muerte de su Hijo, ve aquellos hombres armados que se dirigían contra Jesús. A tal vista, primero tembló de espanto y después les dijo: “¡Ah!, mi Hijo está ya muerto, no le ultrajéis más, y cesad de atormentarme a mí que soy su pobre Madre.” “Les rogó —dice San Buenaventura—, que no le rompiesen las piernas. Pero mientras está diciendo esto, ve ¡oh Dios!, a un soldado que levanta con ímpetu una lanza con la que abre el costado de Jesús, y al momento salió sangre y agua”². Al golpe de

² Joan. XIII, 34.

la lanza retembló la cruz, y el corazón de Jesús quedó dividido en dos partes, como fue revelado a Santa Brígida³. Salió sangre y agua, porque ya no quedaban allí más que aquellas gotas de sangre, y el Salvador aún quiso derramarlas para darnos a entender que no tenía más sangre para darnos. La injuria de aquella lanzada se dirigió a Jesús, pero María sufrió el dolor, como dice el devoto Lanspergio. Los Santos Padres pretenden, y entre otros San Bernardo, que ésta fue propiamente la espada que San Simeón vaticinó a la Virgen; espada no de hierro, sino de dolor, que traspasó su alma bendita en el corazón de Jesús donde ella habitaba siempre⁴. Y la misma divina Madre reveló a Santa Brígida que al retirar la lanza apareció la punta enrojecida de sangre, y entonces le pareció como si su corazón se hubiese taladrado, viendo que lo estaba el del Hijo⁵. “Tan grandes fueron los dolores de María —dijo el Angel a la misma Santa— que fue preciso que Dios obrara un milagro para que no muriese en aquel momento. En los otros dolores tenía a lo menos al Hijo que se compadecía de Ella, pero ahora ni aun tiene al Hijo que se compadezca de su dolor.”

Sin embargo, temiendo la afligida Madre que su amado Hijo recibiese nuevas injurias, ruega a José de Arimatea que obtenga de Pilatos el cuerpo de su Jesús, para que a lo menos después de su muerte pudiera preservarle de los ultrajes. José fue a encontrar a Pilatos, a quien manifestó el dolor y el deseo de esta

³ Rev. l. 2, cap. 21.

⁴ De Lament. Virg.

⁵ Rev. lib. 2, cap. 10.

afligida Madre; y opina San Anselmo que la compasión de la Madre enterneció a Pilatos y le movió a concederle el cuerpo del Salvador. Jesús, pues, fue bajado de la cruz. ¡Oh Virgen sacrosanta!, después que con tanto amor disteis al mundo a vuestro Hijo para nuestra salvación, el mundo os lo devuelve. Mas, ¡oh Dios!, ¿en qué estado me lo vuelves?, decía entonces María al mundo; mi Hijo tenía el color blanco y colorado, pero tú me lo vuelves negro con los golpes, y rojo no por el color, sino por las heridas que le has abierto. El era hermoso, y ahora está todo afeado; enamoraba con su aspecto y ahora causa horror a quien le mira. ¡Oh cuántas espadas, dice San Buenaventura, traspasaron el alma de esta Madre al presentarle a su Hijo bajado de la cruz! Considérese la pena que sentiría cualquier madre a la vista de su hijo difunto. Fue revelado a Santa Brígida que para el descendimiento apoyaron tres escalas contra la cruz; primero aquellos santos discípulos desclavaron las manos, después los pies, y entregaron los clavos a María, como refiere Metafrasto. Luego, sosteniendo uno de ellos por arriba el cuerpo de Jesús, y el otro desde abajo, le descendieron de la cruz. Bernardino de Bustos contempla esta afligida Madre, que levantándose de puntillas extiende los brazos para recibir a su querido Hijo; le abraza, y después se sienta al pie de la cruz. Mira su boca abierta, sus ojos oscurecidos, contempla aquellas carnes despedazadas, aquellos huesos descubiertos; le quita la corona de espinas y mira las llagas que había hecho en aquella sagrada cabeza; examina aquellas manos y aquellos pies atravesados y dice: ¡Ah Hijo mío, a qué estado os ha reducido el

amor que habéis tenido a los hombres! Pero Vos, ¿qué mal les habéis hecho para que os hayan maltratado así? Tú eras para mí mi padre, prosigue haciéndola hablar Bernardino de Bustos, tú eras mi hermano, mi esposo, mis delicias, mi gloria, mi todo. Hijo mío, ve mi aflicción, mírame y consuélame, pero tú ya no me miras. Habla, dirígeme una palabra de consuelo, pero tú ya no hablas, porque estás muerto. ¡Oh espinas crueles!, decía después volviéndose a aquellos bárbaros instrumentos del suplicio, clavos, lanza cruel, ¿cómo habéis podido atormentar así a vuestro Creador? Mas ¿qué digo? ¿Qué espinas?, ¿qué clavos?, ¡ay pecadores, exclamaba, vosotros habéis maltratado así a mi Hijo!

Esto decía María entonces y se quejaba de nosotros. Pero si ahora fuese susceptible de dolor, ¿qué diría? ¿Qué pena no experimentaría al ver que los hombres, después de la muerte de su Hijo, continúan maltratándole y crucificándole con sus pecados? No atormentemos, pues, más a esta dolorosa Madre; y si por lo pasado la hemos también afligido con nuestras culpas, practiquemos ahora lo que ella nos dice: “Pecadores, volved al corazón herido de mi Jesús”⁶, volved arrepentidos, que El os acogerá. Huye de él, prosigue diciéndonos con el abad Guérnico, para acudir a El: del Juez al Redentor, del tribunal a la cruz. La misma Santísima Virgen reveló a Santa Brígida que Ella cerró los ojos a su Hijo bajado de la cruz, pero que no pudo encogerle los brazos; dándonos a entender con esto Jesucristo que sus brazos quedaban abiertos para

⁶ Isai. XLVI, 8.

recibir a todos los pecadores arrepentidos que volvieran a él. “¡Oh mundo! —prosigue, pues, diciendo María—, ahora que mi Hijo ha muerto para salvarte, ha pasado ya para ti el tiempo del temor, y el del amor está empezando”⁷, tiempo de amar al que para probarte su amor, tanto ha querido sufrir. “El corazón de Cristo está llagado —dice San Bernardo— para que por la llaga visible se descubra la del invisible amor⁸. Si mi Hijo, pues —concluye María con el Idiota—, quiso que le abrieran el costado para darte su corazón, justo es, ¡oh hombre!, que le des el tuyo.” “Y si queréis, ¡oh hijos de María!, hallar lugar en el corazón de Jesús sin temor de ser rechazados, id —dice Ubertino de Casale—, id junto con María, que ella os alcanzará la gracia.” He aquí en corroboración de esto un hermoso

EJEMPLO

Refiere el Discípulo⁹ que había un pobre pecador, quien, entre otros crímenes, había cometido el de matar a su padre y a un hermano, por lo que andaba fugitivo. Habiendo asistido un día de Cuaresma a un sermón sobre la divina misericordia, se fue voluntariamente a confesar; mas habiendo oído el confesor aquellos excesos le envió a un altar de la Virgen de los Dolores para que le alcanzase contrición y el perdón de sus pecados. Va allí el pecador, empieza a orar y cayó muerto de repente. Al día siguiente, encomen-

⁷ Ezech. XVI. 8.

⁸ Serm. de Pass. Dom.

⁹ Prompt. Ex. V. Miser.

dando el sacerdote al pueblo que rogase por aquel difunto, apareció en la iglesia una blanca paloma, la cual dejó caer a vista de todos un papel a los pies del sacerdote. Este lo tomó y halló escritas en él estas palabras: “Apenas el alma del difunto salió del cuerpo, se fue al cielo. Y vos proseguid predicando la infinita misericordia de Dios.”

ORACIÓN

¡Oh Virgen afligida!, ¡oh alma grande en las virtudes y grande también en los dolores!, pues que éstos y aquéllas nacen del grande incendio de amor en que os abrasáis por Dios, porque vuestro corazón no sabe amar más que a El. ¡Ah Madre mía!, compadeceos de mí que lejos de haber amado a Dios no he hecho más que ofenderle. Vuestros dolores me animan en gran manera a esperar el perdón; pero esto no me basta; yo quiero amar a mi Señor. ¿Y quién me podrá conseguir esta gracia mejor que Vos que sois la Madre del amor hermoso? ¡Ah María! Vos consoláis a todos, consoladme también a mí. Amén.

SOBRE EL SÉPTIMO DOLOR

De la inhumación del cuerpo de Jesús

Cuando una madre está presenciando los sufrimientos y la muerte de su hijo, no hay duda que entonces ella siente todas las penas del mismo; mas cuando, después de atormentado y muerto el hijo, se le

ha de sepultar, y la afligida madre está allí para despedirse de él, ¡oh Dios!, la idea de que ya no le verá más es un dolor que excede a todos los demás dolores. He aquí la última espada de dolor que hoy hemos de considerar, cuando María, después de haber asistido al Hijo en la cruz y de haberlo abrazado muerto, debió finalmente dejarle en el sepulcro para no gozar más de su amada presencia.

Mas para considerar mejor este último dolor volvamos al Calvario a contemplar a esta afligida Madre que aún tiene abrazado a su Hijo difunto. “Hijo, parece que prosiguiera diciéndole con Job¹, Hijo mío, os habéis vuelto cruel conmigo. Sí, porque todas vuestras amables cualidades, todas las señales de amor especial que me habéis manifestado, los singulares favores que me habéis dispensado, todos se han trocado en otras tantas saetas de dolor que cuanto más me inflamaron en vuestro amor, tanto más cruel es la pena que siento por haberos perdido. ¡Ah mi amado Hijo!, perdiéndoos a Vos lo he perdido todo.” San Bernardo la hace hablar así: “¡Oh verdadero Hijo de Dios!, tú eras mi Padre, tú mi Hijo, tú mi Esposo, tú mi alma. Ahora he quedado huérfana sin Padre, viuda sin Esposo, madre sin Hijo, pues perdiendo a mi Hijo todo lo pierdo a la vez”².

Así estaba María consumiéndose de dolor abrazada con su Hijo; por lo que temiendo aquellos santos discípulos que esta pobre Madre muriese allí de pena, se apresuraron a quitarle luego de su seno a su Hijo

¹ Cap. XXX. 21.

² De Laud. V. Mar.

difunto para sepultarle. Por lo que, haciendo una respetuosa violencia a María, se lo quitaron de los brazos y embalsamándole con aromas le envolvieron en una sábana que tenían prevenida, en la cual el Señor quiso dejar al mundo su figura impresa, como se ve hoy en Turín. Ved como ya le conducen al sepulcro, ya la afligida Virgen se prepara, los discípulos se cargan el cuerpo sobre sus hombros, los Angeles del cielo puestos en orden como en procesión le van acompañando, aquellas santas mujeres le siguen, y en medio de ellas va la Madre de los dolores acompañando a su Hijo hasta la sepultura. Llegando al lugar destinado, ¡cuán gustosa, como dijo a Santa Brígida, se hubiera María sepultado viva con el Hijo!³. Mas porque ésta no era la voluntad de Dios, solamente acompañó el cuerpo sacrosanto de Jesús hasta el sepulcro, en donde, según refiere Baronio, depositaron los clavos y la corona de espinas. Al levantar después la piedra para cerrar el sepulcro, aquellos discípulos del Salvador debieron volverse a María y decirle: “Animo, Señora, vamos a cerrar el sepulcro, tened paciencia, miradle por última vez y despedíos de vuestro Hijo.” “¿Conque, Hijo mío querido —diría entonces la dolorosa Madre—, ya no os veré más? Permitidme, pues, que por última vez os contemple, recibid el último adiós de vuestra tierna Madre; recibid mi corazón que dejo sepultado con Vos.” Deseó con vehemencia la Virgen, escribió San Fulgencio, que su alma fuese sepultada con el cuerpo de Cristo. Y la misma Virgen lo reveló a Santa Brígida diciendo: “Verdaderamente

³ Rev. I. I.

puedo decir que desde que fue sepultado mi Hijo hubo dos corazones en un sepulcro”⁴.

Finalmente, los discípulos acercan la piedra y cierran en el santo sepulcro el cuerpo de Jesús, aquel gran tesoro que no le hay mayor ni en la tierra ni en el cielo. Permítaseme aquí una digresión. María deja sepultado su corazón con Jesús porque Jesús es todo su tesoro. ¿Y nosotros dónde tendremos sepultado nuestro corazón?, ¿por ventura en las criaturas?, ¿en el lodo? ¿Y por qué no en Jesús, quien, aunque subió al cielo, ha querido quedarse con nosotros no muerto, sino vivo en el Santísimo Sacramento del altar, precisamente para tener consigo y poseer nuestros corazones? Pero volvamos a María. San Buenaventura afirma que antes de separarse del sepulcro bendijo aquella sagrada piedra diciendo: “¡Oh piedra feliz que ahora encierras al que levé nueve meses en mi seno! Yo te bendigo y envidio tu suerte; te dejo para que me guardes a este mi Hijo que es todo mi bien y todo mi amor.” Dirigiéndose después el eterno Padre, dijo: “¡Oh Padre!, a Vos encomiendo vuestro Hijo y el mío”; y dando el último adiós al Hijo y al sepulcro se aparta de aquel sitio y vuelve a su casa. Dice San Bernardo que iba tan afligida y triste esta pobre Madre que todos los que la encontraban no podían contener las lágrimas; añade que aquellos santos discípulos y las mujeres que la acompañaban se compadecían más de ella que del Señor.

San Buenaventura dice que sus hermanas la cubrieron con un manto de luto, y que pasando ella a su

⁴ Rev. I. 2, c. 21.

regreso por delante de la cruz, bañada todavía con la sangre de su Jesús, fue la primera que la adoró. “¡Oh cruz santa! —dijo entonces— Yo te beso y te adoro, porque ahora ya no eres un infame leño, sino trono de amor y altar de misericordia consagrado con la sangre del Cordero divino, que en ti ha sido sacrificado por la salvación del mundo.” Deja la cruz y regresa a casa, en donde apenas llega la afligida Madre dirige a todas partes sus miradas, y ya no ve a su Jesús, sino que en vez de su amado Hijo se presentan a su imaginación todos los recuerdos de su preciosa vida y de su horrosa muerte. Acuérdate de los abrazos que dio al Hijo en el establo de Belén, de las conversaciones que había tenido con él por espacio de tantos años en la tienda de Nazareth; de los afectos recíprocos, de las tiernas miradas, de las palabras de vida eterna que profirió su boca divina. Y luego se le representa la escena funesta que había presenciado en aquel mismo día; cree tener delante aquellos clavos, aquellas espinas, aquellas carnes destrozadas de su Hijo, aquellas profundas llagas, aquellos huesos descarnados, aquella boca abierta, aquellos ojos apagados. ¡Ah qué noche de dolor fue aquélla para María! Dirigiéndose la afligida Madre a San Juan, llena de dolor le preguntaba: “¡Ay Juan!, ¿dónde está tu Maestro?” Preguntaba después a la Magdalena: “Hija, dime, ¿dónde está tu amado? ¡Oh Dios!, ¿quién nos lo ha quitado?” Lloraba María, y todos los que estaban con ella también lloraban. ¿Y tú, alma mía, no lloras? ¡Ah!, dirígete a María y dile con San Buenaventura: “Permíteme, Señora, permíteme que llore; tú eres inocente, yo soy el culpable. Rúegale a lo menos que te admita consigo a llorar. Ella

llora por amor, llora tú por dolor de tus pecados y sólo de este modo podrás tener la suerte de que se habla en el siguiente”

EJEMPLO

Refiere el padre Engelgrave⁵ que hubo un religioso tan atormentado de escrúpulos que a veces casi se veía reducido a un estado de desesperación; pero como era muy devoto de la Virgen de los Dolores, en las angustias de su espíritu siempre acudía a ella, y contemplando sus dolores se sentía animado. Llegó la hora de su muerte y entonces el demonio le abrumaba más que nunca en sus escrúpulos y le tentaba para que se desesperase. Cuando he aquí que la piadosa Madre, viendo al pobre hijo tan angustiado, se le apareció y le dijo: “Hijo mío, ¿por qué temes y te entristeces tanto, tú que tantas veces me has consolado compadeciéndote de mis dolores? Jesús —le añadió— me envía ahora para consolarte a mi vez; consuélate y alégrate; sígueme al cielo.” Y al decir esto, el devoto religioso lleno de consuelo y confianza expiró dulcemente.

ORACIÓN

Madre mía dolorosísima, no os quiero dejar sola para llorar, no; quiero unir también mis lágrimas a las vuestras. Hoy os pido esta gracia: alcanzadme que me acuerde continuamente y con una tierna devoción de la pasión de Jesús y vuestra, a fin de que todos los días

⁵ Dom. infra Oct. Nat. pár. 2.

que me quedan de vida los emplee en llorar vuestros dolores y los de mi Redentor. Espero que estos dolores en la hora de mi muerte me darán confianza y fortaleza para no desesperarme a la vista de las ofensas que he cometido contra mi Señor. Estos me han de alcanzar el perdón, la perseverancia y el cielo, en donde espero regocijarme después con Vos y cantar las misericordias infinitas de mi Dios por toda la eternidad. Así lo espero, así sea. Amén, amén.

El que tuviere devoción de rezar la Corona de los dolores de María la hallará al fin de este libro. La compuse muchos años ha, y la insertaré nuevamente aquí para comodidad de los devotos de la Virgen de los Dolores, a quienes ruego que por caridad me encomienden a ella cuando mediten sus dolores.

¡Oh Señora!, que dulcemente arrebatas los corazones de los hombres, ¿no arrebataste también el mío? ¡Oh raptriz de los corazones!, ¿cuándo me restituirás el mío? Dirígele con el tuyo y ponlo al lado del de tu Hijo. Entonces poseeré lo que espero, porque tú eres nuestra esperanza⁶.

DE LAS VIRTUDES DE MARÍA SANTÍSIMA

Dice San Agustín que para alcanzar con más seguridad y abundancia el favor de los Santos es necesario imitarles, porque viendo que nosotros practicamos las virtudes en que ellos se ejercitan, entonces se hallan

⁶ San Bernardo: Meditación sobre la Salve Regina, Registr. en San Buenaventura, Stim., cap. 19, p. 3.

más dispuestos a rogar por nosotros. La Reina de los Santos y nuestra primera abogada María, cuando ha librado algún alma de las garras de Lucifer para unirla a Dios, quiere que la imite, de lo contrario no podrá enriquecerla de sus gracias como desearía viendo que con su conducta opone obstáculos para ello. Por esto María llama bienaventurados a los que imitan cuidadosamente su vida¹. El que ama, o es, o procura hacerse semejante a la persona amada, según el célebre proverbio: *El amor o halla o hace iguales a los amantes*. Por esto San Jerónimo nos exhorta que si amamos a María es preciso que procuremos imitarla, porque éste es el mayor obsequio que podemos tributarle². Y Ricardo dice que sólo pueden llamarse verdaderos hijos de María los que conforman su vida a la suya. “Procure, pues, el hijo —concluye San Bernardo— imitar a la Madre si desea sus favores, porque viéndose entonces honrada como a madre, le tratará y favorecerá como a hijo.”

Hablando, pues, de las virtudes de esta Madre, aunque los Evangelistas nos ofrecen pocas noticias sobre el particular, no obstante, diciendo que estuvo llena de gracia, se nos da bien a entender que tuvo todas las virtudes, y todas en grado heroico; de manera que, como dice Santo Tomás, aun cuando cada uno de los Santos haya sobresalido en alguna virtud particular, la bienaventurada Virgen les ha excedido en todas, y nos ha sido dada en todas por modelo³; lo que

¹ Prov. VIII, 32.

² Serm. de Ass. ap. Loheun.

³ Opusc. 8.

confirma San Ambrosio diciendo: “Fue tal María, que su vida es enseñanza para todos”⁴; por lo que nos dejó escrito: “Tened siempre puestos los ojos, como ante una viva imagen, en la virginidad y la vida de María, en que resplandece la forma de la virtud. Tomadla por modelo de vuestra vida..., y aprended lo que debéis corregir, evitar o continuar practicando”⁵. Y como, según los santos Padres, la humildad es el fundamento de todas las virtudes, veamos en primer lugar cuán grande fue la humildad de la Madre de Dios.

I. *De la humildad de María*

La humildad —dice San Bernardo— es el fundamento y guarda de todas las virtudes. Y con razón, porque sin humildad no puede haber ninguna otra virtud en un alma, pues aunque poseyera todas las virtudes, las perdería si le faltase la humildad. Y al contrario, decía San Francisco de Sales escribiendo a Santa Juana Fremiot de Chantal⁶, que Dios ama tanto la humildad, que luego corre donde la ve. Esta hermosa y necesaria virtud era desconocida en el mundo, hasta que el mismo Hijo de Dios bajó a la tierra para enseñarla con su ejemplo, y quiso que en ella principalmente procurásemos imitarle. “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”⁷. Y así como

⁴ Lib. 2 de Virg.

⁵ Loc. cit.

⁶ Vita, l. 6, c. 2, par. 11.

⁷ Matth. XI, 29.

María fue la primera y más perfecta imitadora de Jesucristo en todas las virtudes, así también lo fue en ésta de la humildad, por lo cual mereció ser exaltada sobre todas las criaturas. Esta es la primera virtud en que singularmente se ejercitó la bienaventurada Virgen desde su niñez, como fue revelado a Santa Matilde.

El primer acto de la humildad de corazón es tener una modesta opinión de sí mismo; y María, como fue revelado a la misma Santa Matilde, se formó siempre de sí una opinión tan modesta que, aunque se veía enriquecida de gracias sobre todos los demás, nunca se prefirió a persona alguna. Por esto, explicando el abad Ruperto el pasaje de los Cánticos: “Tú heriste mi corazón, ¡oh hermana mía!, Esposa... con una trenza de tu cuello”⁸, dice que este cabello del cuello de la Esposa fue el humilde concepto que María tenía de sí misma, con el cual hirió el corazón de Dios. No quiere decir esto que la Santísima Virgen se considerase pecadora, porque la humildad es la verdad, como dice Santa Teresa, y María conocía que jamás había ofendido a Dios; ni ignoraba tampoco que el Señor le había dispensado gracias mayores que a todas las demás criaturas, porque un corazón humilde reconoce estos favores especiales de Dios para más humillarse; sino que la divina Madre, con la misma abundancia de luz que tenía para conocer la infinita grandeza y bondad de su Dios, conocía más claramente su propia pequeñez; y por esto se humillaba más que todos y decía con la sagrada Esposa: “No reparéis en que sea

⁸ Cant. IV. 9.

morena, porque el sol me ha descolorido”⁹. Esto es, como expone San Bernardo: “Acercándome a El, mi rostro se ennegrece.” Sí, porque San Bernardino dice: “La Virgen consideraba continuamente la nada de su ser y la grandeza de la divina Majestad. A la manera que una mendiga, vestida con un rico traje que le han dado, lejos de envanecerse, se humilla aún más delante de su bienhechor, porque entonces recuerda su pobreza.” Así María, cuanto más enriquecida en gracias se veía, tanto más se humillaba acordándose que todo era un don de Dios, como ella misma lo declaró a Santa Isabel del Orden de San Benito¹⁰. Por esto dijo San Bernardino que no ha habido en el mundo criatura más exaltada, pues no ha existido ninguna que se haya humillado tanto como María¹¹.

Además, es un acto de humildad el ocultar los dones del cielo. María ocultó a San José la gracia de haber sido hecha Madre de Dios, aun cuando el manifestárselo parecía entonces necesario, a lo menos para librar al pobre esposo de las sospechas que viéndola en cinta podía concebir acerca de su honestidad, o para evitar la confusión en que efectivamente se hallaba; pues no pudiendo San José por una parte dudar de la castidad de María, y por otra ignorando el misterio, para librarse de la confusión se decidió a dejarla secretamente¹². Y ya la hubiera dejado si el Ángel no le hubiera dado a entender que su Esposa se hallaba en

⁹ Cant. I, 5.

¹⁰ Ap. S. Ben. De vit. Christ.

¹¹ Tom. 2, serm. 51, c. 3.

¹² Matth. I, 19.

cinta por obra del Espíritu Santo. Rehusa también el humilde las alabanzas para sí, y todas las ofrece a Dios. María se turba al oír los elogios que le tributa San Gabriel; y cuando Santa Isabel le dijo: “Bendita tú eres entre todas las mujeres... Y ¿de dónde a mí tanto bien, que venga a visitarme la Madre de mi Señor... Bienaventurada tú que has creído”¹³. Atribuyendo María todas aquellas alabanzas a Dios contestó con aquel humilde cántico: “Mi alma glorifica al Señor”; como si dijese: Isabel, tú me alabas, pero yo alabo al Señor a quien únicamente todo honor es debido. Tú te admiras de que yo venga a ti, y yo admiro la divina bondad en la que tan sólo se regocija mi alma: “Y mi espíritu se regocija en el Dios Salvador mío.” Tú me alabas porque he creído, y yo alabo a Dios que ha querido exaltar mi nada; porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava. Por lo que dijo la Virgen a Santa Brígida: “¿Por qué me humillé hasta tal punto o merecí tanta gracia, sino porque pensé y creí que por mí nada era y nada tenía? Por eso rehusé las alabanzas y sólo quise que fuese alabado el Dador y Criador Así, hablando de la humildad de María, dijo San Agustín: “¡Oh humildad verdaderamente dichosa, que dio a los hombres un Dios hecho hombre, abrió el paraíso, y libró a las almas del infierno”¹⁵.

Es igualmente propio de los humildes el servir a los otros, y María no rehusó el ir a servir a Isabel por

¹³ Luc. I, 42, 43.

¹⁴ Rev. I, 2, c. 23.

¹⁵ Serm. 36 de Sanctis.

espacio de tres meses; por lo que dice San Bernardo: "Se admiraba Isabel de que María fuese a visitarla, pero aún debía admirarse más de que fuera a servirla y no a ser servida"¹⁶. Los humildes viven retirados y escogen para sí el lugar menos cómodo, y por esto María, como reflexiona San Bernardo, cuando quería hablar a su Hijo, que estaba predicando en aquella casa de que hace mención San Mateo, en el capítulo XII, no quiso entrar en ella por propia autoridad. Por este motivo también, hallándose en el Cenáculo con los Apóstoles, quiso colocarse en el último asiento, y así escribió San Lucas: "Tcdos éstos perseveraban unánimes orando con las mujeres y con María Madre de Jesús"¹⁷. No porque San Lucas ignorase el mérito de la divina Madre, a la que debiera haber nombrado antes que todos los demás, sino porque ella se había colocado en el último puesto del Cenáculo después de los Apóstoles y de las otras mujeres, pues, como observa un autor, San Lucas los enumeró según el orden con que se hallaban sentados. Y San Bernardo añade: "Con razón se coloca en último lugar la primera, que, siendo la principal de todas, se consideraba la última"¹⁸. Finalmente, los humildes buscan el menosprecio, y por esto no se lee que María se presentase en Jerusalén cuando su Hijo en el Domingo de Ramos fue recibido con tanto honor por el pueblo: al contrario, al tiempo de la muerte del mismo no reparó en presentarse públicamente en el Calvario, no retrocediendo a vista de la deshonra de ser conocida por

¹⁶ Serm. de Nat. Virg.

¹⁷ Act. I, 14.

¹⁸ Serm. sup. S. Ma.

Madre del sentenciado, que como intaine iba a sufrir una muerte ignominiosa. Por esto dijo ella a Santa Brígida: “Qué cosa más despreciable que ser tenida por demente, necesitar de todos y considerarse la más indigna de todos? Tal fue, hija, mi humildad, mi gozo, mi voluntad, que no deseaba complacer más que a mi Hio.”

La venerable sor Paula de Foliño tuvo la dicha de conocer en un éxtasis cuán grande fue la humildad de la santísima Virgen, y refiriéndolo después a su confesor exclamaba llena de asombro: “¡La humildad de la Madre de Dios! ¡Ah padre, la humildad de la Madre de Dios!, en el mundo no hay nada tan humilde que pueda compararse ni aun remotamente con la humildad de María.” El Señor permitió otra vez a Santa Brígida ver dos damas, una de las cuales era todo fausto y vanidad: “Esta —le dijo— es la soberbia. La otra que ves cabizbaja, obsequiosa con todos, pensando únicamente en Dios, y que se tiene en nada, ésta es la humildad, y se llama María”¹⁹. Con lo que quiso Dios manifestar que su bienaventurada Madre fue tan humilde que era la misma humildad.

Es indudable que a causa de la corrupción de nuestra naturaleza, ocasionada por el pecado, no hay tal vez, como dice San Gregorio Niceno, una virtud más difícil de practicar como la de la humildad. Pero, por más que hagamos, no podremos ser jamás verdaderos hijos de María si no somos humildes. “Si no puedes imitar la virginidad —dice pues San Bernardo—, imita siendo humilde la humildad de la Vir-

¹⁹ Rev. I. I, c. 29.

gen”²⁰. Ella aborrece a los soberbios, sólo llama a sí a los humildes: “El que fuere párvulo, véngase a mí.” “María —dijo Ricardo— nos protege bajo el manto de la humildad”; lo que explicó también la misma Madre de Dios a Santa Brígida diciéndole: “Ven, pues, hija mía, y acógete bajo mi manto, que es la humildad.” Y le añadió que “la consideración de su humildad era como una capa que comunica calor; pero así como ésta —dijo después— no calienta sino al que la lleva, no en el pensamiento, sino en realidad, así mi humildad no aprovecha tampoco al que no procura imitarme. Así, pues, hija mía —concluyó—, vístete de esta humildad”. ¡Oh cuánto ama María a las almas humildes! San Bernardo escribió: “María conoce y ama a los que la aman, y se halla cerca de los que la invocan, especialmente a los que ve que se conforman con ella en la castidad y humildad”²¹. Por lo que después el Santo exhorta a todos los que aman a María a ser humildes. Marino, o Martino de Alberto, de la Compañía de Jesús, por amor de María acostumbraba a barrer la casa y recoger la basura. Cierta día se le apareció la divina Madre, según refiere el padre Nieremberg en su vida, y como si le diera las gracias le dijo: “¡Cuán agradable me es este acto de humildad practicado por mi amor! Luego, oh Reina mía, no podré ser jamás vuestro verdadero hijo si no soy humilde. Mas ¿no veis que mis pecados, después de haberme hecho ingrato a mi Señor, me han hecho también soberbio? ¡Oh Madre mía! remediadlo Vos, y por los méritos de vuestra

²⁰ Hom. I sup. Miss.

²¹ In Salv. Reg.

humildad alcanzadme el ser humilde a fin de llegar por este medio a ser vuestro hijo.”

II. *Del amor de María hacia Dios*

San Anselmo dice: “Cuanto más puro y desprendido de sí mismo está un corazón, tanto más lleno estará de amor hacia Dios.” Así es que, como María Santísima fue toda humildad y desprecio de sí misma, según escribió San Bernardo, por esto estuvo llena del amor divino; de manera que su amor hacia Dios excedió al de todos los hombres y de todos los Angeles. Por lo que con razón San Francisco de Sales la llama *la Reina del amor*. El Señor ya ordenó al hombre que le amase de todo corazón²²; pero los hombres, dice Santo Tomás, no cumplirán perfectamente acá en la tierra este precepto, sino en el cielo²³. Mas, según la reflexión que hace el beato Alberto Magno, en cierto modo hubiera sido impropio de la bondad divina que Dios impusiera un precepto que nadie hubiese observado perfectamente, lo que hubiera sucedido de no existir su divina Madre, la cual lo cumplió con toda exactitud; reflexión que confirma Ricardo de San Víctor diciendo: “La Madre de nuestro Emanuel poseyó en el mayor grado de perfección todas las virtudes. ¿Quién cumplió jamás como ella el primer mandamiento: Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón? El amor divino fue en ella tan intenso que no pudo concurrir en la misma

²² Matth. XXII, 37

²³ 2, 2, q. 24, art. 6 et 8.

defecto alguno”²⁴. “El amor divino —dice San Bernardo— hirió y traspasó de tal manera el alma de María que no dejó parte alguna libre de amor, por lo que cumplió después perfectamente este primer precepto”²⁵. Bien podía, pues, decir María: “Mi amado se ha entregado todo a mí, y yo toda a El”²⁶. “¡Ah! —exclama Ricardo, los Serafines mismos pudieran descender del cielo para aprender en el corazón de María el modo de amar a Dios.”

Dios, que es amor²⁷, vino a la tierra a encender en todos la llama de su amor divino; pero a ningún corazón inflamó tanto como al de su Madre, el cual, hallándose enteramente puro de afectos terrenos, estaba enteramente dispuesto para abrasarse en este amor celestial. “Tanto se había apoderado de ella el amor divino —dice San Jerónimo— que nada en el mundo le impedía su afecto, y todo era en ella incesante ardor y embriaguez del inmenso amor en que se abrasaba”²⁸. El corazón de María fue, pues, todo fuego y llamas, como se lee en los sagrados Cánticos²⁹; fuego interior sostenido por el amor, como explica San Anselmo, y llamas que brillaban exteriormente para todos con el ejercicio de las virtudes. Cuando, pues, María llevaba en la tierra a Jesús en brazos podía llamarse un fuego llevando a otro fuego, con más razón que aquella mujer que llevaba fuego en la mano,

²⁴ Lib. 2 de Em., c. 29.

²⁵ Serm. 29 in Cant.

²⁶ Cant. II, 16.

²⁷ I Joan. IV, 8.

²⁸ Serm. aut Soffron. de Ass.

²⁹ Cant. VIII, 6.

de la que un día Hipócrates dijo lo mismo, aunque en diferente sentido. Así fue en realidad, pues dice San Ildefonso que el Espíritu Santo, al modo que el fuego enciende el hierro, encendió María toda, de modo que sólo se viese en ella la llama del Espíritu Santo, y sólo en ella se sintiese el fuego del amor de Dios³⁰, y Santo Tomás de Villanueva dice que el corazón de María estaba figurado en aquella zarza que Moisés vio arder sin consumirse. “Por esto — dice San Bernardo —, con razón se manifestó a San Juan vestida del sol”³¹, “porque estuvo tan unida a Dios por el amor que parece no pueda unírsele más una criatura”³².

Por esta razón afirma San Buenaventura que la Santísima Virgen jamás fue tentada por el infierno; porque así como las moscas huyen de un gran fuego, así los demonios se alejaban de su corazón todo inflamado en amor; de modo que ni siquiera se atrevieron a acercarse a él³³. Lo mismo dice también Ricardo³⁴. La misma Virgen reveló a Santa Brígida que en este mundo no tuvo otro pensamiento, otro deseo ni otro gozo que Dios; por lo que dice el padre Suárez: “Estando su alma bendita casi siempre ocupada en este mundo en contemplar a Dios, hacía innumerables actos de amor”³⁵. Pero más me gusta aún lo que dijo Bernardino de Bustos, a saber, que María no tan sólo repetía consecutivamente los actos de amor como los

³⁰ De Ass. Or.

³¹ Apoc. XII, 1.

³² Serm. in Sign. magn.

³³ Tom. 2, serm. 51, a. 3.

³⁴ P. 2, c. 26 in Cant.

³⁵ Tom. 2 in 3 p. d. 18, sec. 4.

demás Santos, sino que con un acto continuo, por un privilegio especial, amaba siempre actualmente a Dios³⁶. Como águila real tenía sin cesar los ojos fijos en el divino sol, de manera, dice San Pedro Damiano, “que ni las acciones de la vida le impedían amar, ni el amor le privaba de tratar”³⁷. Esto obligó a San German a decir que María estuvo figurada en el altar de propiciación, en el cual no se extinguía el fuego ni de día ni de noche.

Ni aun el sueño impedía a la Virgen amar a su Dios; cuyo privilegio, si es que fue concedido a nuestros primeros padres en el estado de inocencia, como afirma San Agustín diciendo que tan felices eran entonces en sus sueños como en sus vigiliass³⁸, no puede negarse ciertamente a la divina Madre, como opinan Suárez y el abad Ruperto, con San Bernardino y San Ambrosio, el cual hablando de María dejó escrito: “Cuando descansaba el cuerpo, velaba el ánimo”³⁹; verificándose en ella lo que dijo el Sabio: “Su luz no se apagará en toda la noche”⁴⁰. Sí, porque su bienaventurado cuerpo con un ligero sueño tomaba el descanso necesario; su alma, dice San Bernardino, se elevaba libremente a Dios; por lo que era entonces su contemplación tan perfecta, cual nunca la logró otro alguno mientras velaba. De suerte que bien podía decir con la Esposa: Yo duermo y mi corazón está

³⁶ P. 2, serm. 4 de Nat. Virg.

³⁷ Serm. 1 de Nat. Virg.

³⁸ Lib. 5 Jul. cap. 9.

³⁹ Lib. 2 de Virg.

⁴⁰ Prov. XXXI, 18.

velando⁴¹. Era tan feliz mientras dormía como cuando se hallaba despierta, según dijo Suárez. En pocas palabras, San Bernardino afirma que María mientras vivió en este mundo estaba amando incesantemente a Dios⁴². Y añade que ella únicamente hizo siempre lo que conoció que era agradable a Dios, y que le amó tanto, cuanto juzgó que debía amarle⁴³. De manera que, según el beato Alberto Magno, puede decirse que María estuvo llena de tanto amor, cuanto puede alcanzar una pura criatura en este mundo⁴⁴. Por esto dice Santo Tomás de Villanueva que la Virgen con su ardiente amor se hizo tan hermosa e inflamó de tal manera en amor a su Dios que prendado de su ternura bajó a su seno para hacerse hombre⁴⁵. Por esto, por fin, exclama San Bernardino: “¡Oh virtud de una Virgen madre! He aquí una doncella que con su virtud ha herido y arrebatado el corazón de Dios”⁴⁶.

María desea que amemos a Dios. Mas por lo mismo que María ama tanto a Dios, pide con todo encarecimiento a sus devotos que lo amen cuanto puedan. Apareciéndose cierto día a la beata Angela de Foligno, que acababa de comulgar, le dijo: “Que mi Hijo te bendiga, Angela; procura amarlo con todo tu corazón.” Y a Santa Brígida le dijo también estas palabras: “Si quieres, hija mía, que viva unida contigo, ama a mi Jesús.” No hay cosa que desee María con más vivas

⁴¹ Cant. V, 2.

⁴² Tom. 2, Sermon. 5, art. 3, c. 3.

⁴³ Loc. cit.

⁴⁴ Lib. de Laud. Virg. c. 96.

⁴⁵ Conc. 4 in Nat. Dom.

⁴⁶ Tom. 2, Sermon. 61, art. 1, cap. 4.

ansias que ver amado a su Dios y Señor. Sobre aquellas palabras de los Cantares: *Conjúroos, hijas de Jerusalén, que si viereis a mi amado le digáis que les fallezco de amor* (Cant. 5, 8), pregunta Novarino: “¿Por qué la Santísima Virgen conjuraba a los ángeles que diesen a entender al Señor el grande amor que le tenía? ¿Por ventura ignoraba Dios el amor que le profesaba? ¿Para qué mostrar la llaga del amor al que se la había causado?” “Con esto quiso la divina Madre — responde el mismo autor — descubrir su amor, no a Dios, sino a nosotros, a fin de comunicar a nuestros corazones las heridas de amor que llagaban el suyo.” “Como quiera que María — añade San Buenaventura — ardía en vivas llamas de amor de Dios, quiere inflamar en este mismo amor y hacer semejantes a sí a todos los que la aman y se le acercan.” Por esto Santa Catalina de Sena llamaba a María la portadora del fuego del amor divino. Si queremos, pues, inflamarnos en estas dichosas llamas, procuremos acercarnos a María para pedírselo con fervorosas oraciones y devotos afectos.

¡Oh María, Reina del amor!, la más amable, la más amada y la más amante de todas las criaturas, como os llama San Francisco de Sales. ¡Oh Madre mía! Vos que siempre estuvisteis inflamada en el amor divino, dignaos comunicarme a lo menos una centellica de este divino fuego; Vos, que en cierta ocasión rogasteis a vuestro Hijo, por los esposos de Caná, diciéndole que *les faltaba el vino*, ¿no rogaréis también por nosotros, que nos hallamos faltos del amor de Dios, a quien tan obligados estamos a amar? Decidle, pues, *no tienen amor*, y alcanzádnoslo con vuestros poderosos ruegos;

ésta es la gracia que os pedimos. ¡Oh Madre mía!, por el amor que tenéis a Jesús, escuchad nuestras plegarias y rogad por nosotros. Amén.

III. *Del amor de María para con el prójimo*

1. *María, socorro de todos los hombres.* El amor a Dios y el amor al prójimo se ha impuesto a los hombres por un solo y mismo precepto. *Tenemos este mandamiento de Dios* —dice San Juan—, *que quien ama a Dios, ame también a su hermano (1 Jn. 4, 21)*. La razón de esto la da Santo Tomás⁴⁷ cuando dice que el que ama al Señor ama también las cosas por El amadas. Cierta día dijo a Dios Santa Catalina de Génova: “Vos, Señor, queréis que ame al prójimo, y yo no sé amar nada fuera de Vos.” “El que me ama a mí —respondió el Señor—, ama también lo que yo amo.” Y como quiera que no hay, ni habrá en el mundo, quien venza a María en el amor de Dios, así tampoco hay ni habrá quien ame al prójimo con más intenso amor que María.

Comentando Cornelio Lápidé aquel texto de los Cantares: *De maderas del Líbano se ha hecho el Rey Salomón su trono con el centro de cierto esmalte que inspira amor por causa de las hijas de Jerusalén* (Cant. 3, 9), dice que el seno purísimo de María fue el trono donde el Verbo encarnado se dignó reposar; y si el centro inspira caridad por causa de las hijas de Jerusalén, es porque Cristo, siendo la caridad por esencia, comunicó a su Madre caridad ardentísima, para que

⁴⁷ Santo Tomás de Aquino, *Summa*, 2-2, q. 25, a 1.

tuviese caudal suficiente, con el cual socorriese a los que imploran su favor.

2. *Caridad de María en la tierra.* Mientras que María vivió en la tierra, socorría a los necesitados, aun sin que nadie se lo pidiese, como sucedió precisamente en las bodas de Caná, cuando rogó a su Hijo que trocase el agua en vino, para sacar a aquella familia de la embarazosa situación en que se hallaba. ¡Oh, y qué prisa se daba siempre que se trataba de aliviar al prójimo! Cuando un deber de caridad la llevó a la casa de Isabel, *partió María* —dice San Lucas— *y se fue apresuradamente a las montañas* (Lc. 1, 39). Pero donde más gallardas muestras dio de caridad, fue al ofrecer su divino Hijo a la muerte por nuestra salvación. “De tal suerte amó María al mundo —dice San Buenaventura—, que no titubeó en darle a su unigénito Hijo”⁴⁸. “¡Oh mujer!, entre todas las mujeres bendita —exclamaba San Anselmo—, que vences a los Angeles en pureza y superas en caridad a todos los santos.”

3. *Caridad de María en el Cielo.* Ahora que María está en el Cielo, lejos de haberse entibiado su caridad, nos ama con más entrañable amor; “porque —como dice San Buenaventura— ahora conoce mejor las miserias de los hombres. Grande fue la compasión que tuvo de los miserables mientras vivió desterrada en la tierra; pero es incomparablemente mayor ahora que está reinando en los Cielos”. Y el Angel dijo a Santa Brígida “que no hay ninguno que, recurriendo a la

⁴⁸ San Buenaventura, *In I Sent.*, dist. 48, dub. 4.

piedad de María, no participe de sus misericordias”. ¡Desventurados de nosotros si nos llegasen a faltar las oraciones de María! “Sin las oraciones e intercesión de mi Madre —dijo el Señor a Santa Brígida— no quedaría al hombre ni la esperanza siquiera de alcanzar misericordia.”

4. *María será caritativa con nosotros en la medida que nosotros lo seamos con nuestros prójimos. Bienaventurado el hombre que me escucha —dice María— y que vela continuamente a las puertas de mi casa, y está de observación en los umbrales de ella* (Prov 8, 34); de suerte que, dócil a mis enseñanzas, estudia mi caridad para imitarla y para ponerla en práctica en el trato con sus prójimos. “No hay cosa que mejor nos concilie el afecto y benevolencia de María —dice San Gregorio Nacianceno— como el ser caritativos con nuestros prójimos.” Y así como Dios nos recomienda que seamos misericordiosos, como es misericordioso nuestro Padre celestial, así también María exhorta a sus hijos y les dice: “Sed misericordiosos, como lo es vuestra Madre que está en los Cielos” (Lc. 6, 36). Y no hay duda; según sea nuestra caridad con el prójimo, será con nosotros la caridad y misericordia de Jesús y de María. *Dad y se os dará... Con la misma medida con que midiereis a los demás, se os medirá a vosotros* (Lc. 6, 58). “Da limosna al pobre —decía San Metodio— y recibe en recompensa el paraíso”⁴⁹. Y el Apóstol escribe que *la virtud de la caridad trae consigo la*

⁴⁹ No es de San Metodio, sino de San Juan Crisóstomo.

promesa de la vida presente y de la futura (1 Tim. 4, 8). Comentando San Juan Crisóstomo estas palabras de los Proverbios: *Quien se compadece del pobre da prestado al Señor* (Prov. 19, 17), pronuncia esta grave sentencia: "Socorrer al necesitado es hacer a Dios nuestro deudor."

¡Oh Madre de misericordia! Vos, que con todos tuvisteis tan grande caridad, no os olvidéis de mis miserias; bien sé que las conocéis; encomendadme a Dios, que nada os niega. Obtenedme la gracia de poder imitar vuestra caridad para con Dios y para con el prójimo. Amén.

IV. *De la fe de María*

1. *María, madre de la fe.* Así como la Virgen Santísima es madre del amor y de la esperanza, así es también Madre de la fe. *Yo soy la madre del bello amor, y del temor, y de la ciencia de la fe y de la santa esperanza* (Eccli. 24, 24). Y con sobrada razón, porque, según San Ireneo, "María repara con su fe los estragos que causó Eva en el mundo con su incredulidad"⁵⁰. Eva, por creer a la serpiente y por dar más fe a sus palabras que a las de Dios, nos acarreó la muerte; pero nuestra augusta Reina nos devolvió la vida al creer las palabras del Ángel que, en nombre del Señor, le prometía que sería Madre de Dios, sin menoscabo de su virginidad. "Eva creyó a la serpiente —dice Tertu-

⁵⁰ San Ireneo, *Adversus haereses*.

liano —, y María a Gabriel; lo que destruyó la primera con su falsa credulidad, lo restauró la segunda con su fe.” “María — prosigue diciendo San Agustín —, dando su consentimiento a la encarnación del Verbo, abrió a los hombres las puertas del Paraíso.” Ricardo de San Lorenzo, glosando aquellas palabras del Apóstol: *Un marido infiel es santificado por la mujer fiel* (1 Cor. 7, 14), dice: “María es esta fidelísima mujer por cuya fe se salvó Adán, varón infiel, y toda su posteridad.” Por esta su fe Santa Isabel la llamó bienaventurada, diciéndole: *Bienaventurada tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor* (Lc. 1, 45). Y San Agustín asegura “que María fue más bienaventurada recibiendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo”⁵¹.

El padre Suárez dice que la Santísima Virgen tuvo más fe que todos los hombres y todos los Angeles. Veía a su Hijo en el establo de Belén, y le creía Criador del mundo. Le veía huir de Herodes, y no dejaba de creer que era Rey de reyes. Le veía nacer y le creyó eterno. Le vio pobre, necesitando el alimento, y le creyó Señor del universo; acostado sobre el heno, y le creyó omnipotente. Observó que no hablaba, y creyó que era la sabiduría infinita. Le oía llorar y creía que era el gozo del paraíso. Le vio en fin en la muerte abatido, despreciado y pendiente de la cruz, pero, aunque vacilase la fe de los demás, María a pesar de esto creyó siempre que era Dios. “Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre”, sobre cuyas palabras San Antonino escri-

⁵¹ San Agustín, *De sancta virginitate*.

bió: “María estaba en pie levantada por la fe, que conservó firme, de la divinidad de Cristo. Y es por esto —dice el Santo—, que en el oficio de las tinieblas sólo se deja al fin una vela encendida.” A cuyo propósito San León aplica a la Virgen aquel texto: “Su luz no se apagará en toda la noche”⁵². Y sobre las palabras de Isaías: “Yo solo pisé el lagar, y de las naciones no hay hombre alguno conmigo”⁵³, Santo Tomás dice que se expresa así el Profeta diciendo que no hubo *hombre alguno*, para exceptuar a la Virgen, a quien jamás faltó la fe. Por lo que dice San Alberto Magno, María practicó entonces un acto sublime de fe, por lo cual mereció ser la luz de todos los fieles, como la llamó San Metodio; “la Reina de la verdadera fe”, como dice San Cirilo de Alejandría. La Santa Iglesia atribuye a la Virgen por el mérito de su fe la extirpación de todas las herejías⁵⁴. Por lo que explicando Santo Tomás de Villanueva las palabras del Espíritu Santo: “Heriste mi corazón, hermana mía, Esposa... con una mirada de tus ojos”⁵⁵, dice que estos ojos fueron la fe de María que la hizo agradable a los ojos de Dios.

Aquí nos exhorta San Ildefonso diciendo: “Imitad este timbre de la fe de María.” Pero ¿cómo hemos de imitar esta fe? La fe es a un tiempo don y virtud. Es don de Dios en cuanto es una luz que Dios infunde en el alma; también es virtud en cuanto al ejercicio que

⁵² Prov. XXI, 18.

⁵³ Isai. LXIII, 3.

⁵⁴ Ant. I, noct. 3.

⁵⁵ Cant. IV, 9.

ésta hace de ella. Por lo que la fe no sólo ha de servirnos de regla para creer, sino también para obrar. Por esto dijo San Gregorio: "Aquel realmente cree, que practica lo que cree"; y San Agustín: "Dices creo, haz lo que dices, y esto es fe," Tener una fe viva, es vivir como se cree. "El justo mío vive por la fe"⁵⁶. Y así vivió la Santísima Virgen, a diferencia de aquellos que, no viviendo según su creencia, tienen una fe muerta, como dice el apóstol Santiago: "La fe sin las obras es una fe muerta"⁵⁷. Diógenes iba buscando un hombre por el mundo; pero Dios, entre tantos fieles como hay, parece que vaya buscando un cristiano. En efecto, son muy pocos los que observan una conducta cristiana, pues la mayor parte sólo tienen de cristianos el nombre. Mas a éstos debería decirseles lo que dijo Alejandro a un soldado cobarde que también se llamaba Alejandro: "O cambia el nombre o las costumbres." Pero mejor sería aún encerrar a estos miserables, según decía el padre maestro Avila, como locos en una cárcel, pues creyendo que se halla preparada una eternidad feliz para el que vive bien, y una eternidad infeliz para el que vive mal, viven como si no lo creyesen. De aquí es que San Agustín nos exhorta a ver las cosas con ojos cristianos, esto es, a la luz de la fe; pues Santa Teresa decía que de la falta de fe nacen todos los pecados. Roguemos, pues, a la Santísima Virgen que por el mérito de su fe nos alcance una fe viva. ¡Oh Señora!, aumentadnos la fe.

⁵⁶ Hebr. X, 38.

⁵⁷ Jac. II, 26.



Mariae Mater in Gaudium



Deduxit in portum *1788*

Prohibuit me hodie ne irem ad sanguinem *1805*

Prohibuit me hodie ne irem ad sanguinem *1805*

Memor ero Raab, Babylonis scientium me *1805*

Prohibuit me hodie ne irem ad sanguinem *1805*

V. *De la esperanza de María*

De la fe nace la esperanza, porque para este fin Dios nos ilumina con la fe en el conocimiento de su bondad y de sus promesas, para que con la esperanza nos levantemos después al deseo de poseerla. Habiendo, pues, tenido María la virtud de la fe por excelencia, poseyó también la de la esperanza en un grado sublime que le hacía decir con David: "Cifro mi bien en estar unido con Dios y poner en el Señor toda mi esperanza"⁵⁸. María fue aquella fiel Esposa del Espíritu Santo, de la cual se dijo: "¿Quién es esta que sube del desierto colmada de delicias, apoyada en su amado?"⁵⁹. Porque desprendida siempre enteramente de los afectos del mundo, que miraba como un desierto, como dice Ailgrinio, y desconfiando de las criaturas y de sus propios méritos, apoyada en la divina gracia en la que tenía puesta toda su confianza, se adelantó siempre en el amor de su Dios⁶⁰.

Y muy bien probó la Santísima Virgen cuán grande fuese esta su confianza en Dios; primeramente cuando advirtió que su santo esposo José, por ignorar la causa de su maravillosa preñez, estaba agitado y pensaba dejarla. "José... quiso dejarla ocultamente"⁶¹. Parecía entonces, según ya se ha visto, que era necesario que descubriese a José el oculto misterio; pero no, ella no

⁵⁸ Ps. LXXII, 28.

⁵⁹ Cant. VIII, 5.

⁶⁰ Ap. Cornel. loc. cit.

⁶¹ Matth. I, 19.

quiere revelar por sí misma la gracia recibida, prefiriendo entregarse enteramente a la divina Providencia, confiando que Dios mismo defendería su inocencia y su reputación. Así lo dijo Cornelio Alápide comentando dicho texto. A más de esto manifestó la confianza que tenía en Dios, cuando hallándose próxima al parto se vio desechada hasta de las hospederías de los pobres y reducida a parir en un establo. Entonces no profirió palabra alguna ni le escapó un lamento, sino que, abandonándose enteramente en las manos de Dios, confió que El la asistiría en aquella necesidad. Esta confianza de la divina Madre en la Providencia brilló aún más cuando fue avisada por San José que debían huir a Egipto; en la misma noche emprendió un viaje tan largo a un país extraño y desconocido, sin provisiones, sin dinero, sin más compañía que la del niño Jesús y de su pobre esposo⁶². María demostró también mucho más su confianza cuando pidió al Hijo la gracia de la conversión del vino para los esposos de Caná; porque habiendo dicho ella: “No tienen vino”, Jesús le respondió: “¿Qué nos importa a mí y a ti? Aún no ha llegado mi hora”⁶³. Pero a pesar de esta respuesta, en la que parecía claramente haberle regado la petición, confiando ella en la divina bondad, dijo a los criados que hiciesen lo que su Hijo les ordenase, porque la gracia era segura. En efecto, Jesucristo hizo llenar las vasijas de agua, y luego las convirtió en vino.

Aprendamos, pues, de María a confiar como es debido, principalmente en el gran negocio de la salud

⁶² Matth. II, 14.

⁶³ Joan. II.